

desarrollar políticas unitarias creíbles, el faccionalismo y la segmentación, la imposibilidad de proyectar suficiente influencia política en los países de acogida claves y la dificultad de moverse ágilmente dentro del marco creado por la guerra fría».

Como acabamos de ver, se trata de un libro plural por su diversidad de aportaciones y temáticas que, según su título, comparten el tema del retorno como objeto de análisis aunque, a mi parecer, no en todos los artículos publicados el regreso ha sido el tema central de estudio. En el mismo contexto, cabe mencionar la coincidencia de este coloquio con la celebración de otro congreso celebrado en la Universidad Autónoma de Barcelona en el mes de noviembre del mismo año, «El exilio republicano de 1939. Viajes y Retornos», organizado por el GEXEL, que trata estrictamente el tema del retorno en el caso de los exiliados republicanos españoles, lo cual muestra una creciente atención hacia la problemática del retorno por parte de los medios académicos. A mi modo de ver, estos acercamientos oportunos al fenómeno del retorno, aun aclarando muchos aspectos políticos e historiográficos de este proceso del exilio, dejan en evidencia que el retorno a España ha sido y es un proceso silenciado e ignorado que requiere una mayor atención y precisión en la actualidad. Coloquios como éste ofrecen un excelente material de partida en el análisis del retorno, un fenómeno que ha dejado claras consecuencias en la cultura, la literatura y el arte. ■

Behjat Mahdavi

Diario a dos voces

LAMANA, Manuel. *Diario a dos voces*. Prólogo de Manuel Rivas. Barcelona, Seix Barral (Biblioteca Breve), 2013, 299 pp.

Casi cincuenta años después de cruzar la frontera francesa para iniciar la que, andando el tiempo, habría de convertirse en la primera etapa de su largo exilio, el escritor Manuel Lamana recreó sus vivencias durante los meses que transcurrieron desde su huida de «los constantes y crueles bombardeos que sufría» Figueres (p. 21) a principios de febrero de 1939 hasta su llegada a Rieux-Minervois, localidad gala en la que aquel joven de diecisiete años –acompañado de su madre y de dos de sus hermanos (el mayor había sido hecho prisionero en la batalla del Ebro)– se reencontró con su padre, abogado y funcionario del Ministerio de Hacienda que desempeñaba entonces el cargo de administrador del Monopolio de Tabacos y Fósforos. Un día después de la marcha de los suyos, José María Lamana cumplió la orden de dirigirse a Francia que les transmitió el subsecretario del citado ministerio. A pesar de contar con un pasaporte visado por el cónsul del país vecino que le autorizaba a residir allí, fue recluido en varios campos de concentración, desde donde realizó todas las gestiones que estuvieron en su mano para conseguir su liberación y para establecer el contacto perdido con su familia. En esas terribles circunstancias, José María Lamana decidió escribir un diario en el que quedara constancia de lo vivido durante el tiempo que permaneciera separado de su familia, un documento

personal –y un documento de época, como lo son los numerosos textos autobiográficos redactados por los exiliados republicanos de 1939 en parecidas circunstancias– que Manuel Lamana quiso exhumar para saldar una deuda contraída con su padre, evitando así que «quedara solo su existencia en los documentos administrativos y en el recuerdo» de quienes lo quisieron (p. 14). Lo hizo utilizando las entradas diarias del texto paterno como punto de partida de las suyas, anotaciones que él podría haber redactado en su día de haber tenido la misma idea que su progenitor. De ese modo conseguía compartir con él en el papel lo que no compartieron en la vida (p. 14).

Esa es la razón por la que, en la «Aclaración» que situó al frente del volumen, Manuel Lamana quiso advertirles a los futuros lectores de *Diario a dos voces* que «este libro tiene dos autores, y hasta dos textos, dos textos que se complementan» (p. 13). Sin embargo, desde el punto de vista estrictamente literario, conviene precisar que, en rigor, se trata de un texto narrativo creado por Manuel Lamana en el que se incluyen, a modo de citas textuales, las anotaciones que su padre realizó en 1939, entradas de su diario que sí podrían constituir una publicación exenta, en tanto que las de las páginas escritas por Manuel Lamana carecerían de entidad sin los párrafos redactados por José María Lamana, con los que dialoga día a día.

Diario de mi vida, título que consignó José María Lamana al inicio de las 89 páginas que componen el cuaderno manuscrito en el que se recogen sus anotaciones –de algunas de las cuales se ofrece una reproducción facsimilar al final del libro–, comienza el 3 de febrero de 1939, el

día en el que su mujer y sus hijos tomaron el tren en dirección a Francia. Pero no fue entonces cuando comenzó su escritura. Tendrían que pasar casi dos meses –tras su reclusión en los campos de Argelès-sur-Mer y de Bram, y después de permanecer dos semanas en el centro de acogida de Montolieu– para que contara con las condiciones necesarias para hacerlo. Gracias al amparo de un español residente en Francia desde hacía años y de su familia, que lo hospedaron en su casa, José María Lamana volvió a sus «tiempos de persona» (p. 203) el 21 de marzo. Allí, en Rieux-Minervois, rememoró las jornadas pasadas, y anotó también sus vivencias de entonces, ahora sí, día a día, como puede deducirse del uso predominante de los verbos en presente y del contenido de las anotaciones, mucho más acordes con las características habituales de este género de las escrituras del yo de lo que lo son las anteriores. «Paso el tiempo entregado enteramente a escribir», anota el 25 de marzo, «pues además de una correspondencia algo copiosa, redacto las impresiones que recojo en este diario» (p. 218). A través de las cartas a las que alude se comunicó con los suyos, e intentó conseguir los permisos necesarios para alcanzar el anhelado reagrupamiento familiar, hecho que se producirá finalmente el 28 de abril, dos días antes de que finalizara la redacción del diario. José María Lamana también utilizó la correspondencia para conseguir algún dinero y para pedir la ayuda que, como refugiado, creía que debían prestarle los organismos de la República para los que había trabajado con lealtad intachable, según insiste en recordar en sus notas, desde su proclamación. Poco consciente de la gravedad de la situación en la que se

hallaba, se mostró convencido de que se trataba de un estado transitorio, incluso después de que la guerra civil se diera oficialmente por terminada. «Luce un sol magnífico que entona el cuerpo y hace sentir optimismo al espíritu», escribió en la entrada del 6 de abril –cuyo estilo, excepcionalmente literario, contrasta con el del resto del diario, muchísimo más funcional–, «pero el nublado no llega a disiparse», prosiguió, «como si quisiera demostrarnos que el buen tiempo no llegará mientras dure nuestra forzosa estancia en el país francés» (p. 248).

Sin embargo, cuando Manuel Lamana redactó el diario paralelo al que le legó su padre no solo conocía el alcance que habría de tener aquel exilio, sino que lo había padecido, primero en Francia, y, después –tras conocer las cárceles franquistas y protagonizar una ya legendaria huida de Cuelgamuros, de la que ofreció posteriormente un testimonio literario en su novela *Otros hombres* (1956)–, en Argentina, donde escribió este *Diario a dos voces* y donde finalizó su vida. «Tras tantos años transcurridos, mi texto no es puntual como el de mi padre», advirtió el autor. «Yo he contado con aquella lejana experiencia, pero he tenido que inventar los aconteceres cotidianos, mis personajes solo a veces figuran con sus nombres verdaderos, e incluso algunos no han existido jamás», reconoció (p. 14). Para crear esta novela narrada en primera persona por su protagonista y estructurada en tantos capítulos como días transcurren entre el inicio y el fin del relato, el autor se enfrentó a «una dificultad añadida», la de «evocar los pensamientos y los sentimientos de aquel adolescente» que era él entonces, «y que aunque solo sea por razones cro-

nológicas ya no corresponden a los de un hombre» de su edad (p. 14).

Por ello, además de realizar «un zurcido invisible con que enhebra las intermitencias de su memoria con el testimonio documental del padre», tal como afirma utilizando una elocuente imagen el escritor Manuel Rivas en el prólogo del libro (p. 9), Manuel Lamana incorporó a su obra los ingredientes necesarios para componer una narración verosímil –como ya lo había hecho al evocar su experiencia de la guerra civil en la novela *Los inocentes* (1959)–: su despertar sexual; las relaciones que mantiene con las chicas con las que coincide al salir de España, durante su reclusión en un teatro de Besançon o mientras reside en una casa de Ornans, con cuyo recuerdo fantasea a solas; las nuevas amistades; las peleas con sus hermanos; su aburrimiento adolescente... Pero no quiso sustraerse a su deseo de verter las reflexiones y los juicios que le dictó la experiencia, fragmentos que, si bien resultan poco creíbles puestos en la mente de un joven de la edad del protagonista –y son ciertamente anacrónicos también, pues requieren de una perspectiva histórica de la que carece el personaje–, dicen mucho del Manuel Lamana adulto, del hombre que sabe –aunque aparente suponerlo– que el exilio es «un día sin luz, un día donde no se ve nada. Un día vacío, donde todo está destruido, donde todo falta, donde todo es vano, inútil. Es el desierto. Un día en el que se toma conciencia de la ruptura de cuanto es propio» (p. 165). Sus anotaciones dicen mucho asimismo del escritor que, con evidente voluntad de estilo, describe con detalle la nueva realidad que lo envuelve, recurre a la intertextualidad incorporando citas

de los clásicos o entona un elocuente *ubi sunt?* sobre España en la entrada correspondiente al 1 de abril de 1939, después de referir la noticia del fin de la guerra civil que ha transmitido la radio. También desea mostrarse fiel a las convenciones del género en el que supuestamente se inscribe la obra: el diario. Por ello procura aludir de vez en cuando al propio proceso de escritura. «Escribo sin pensar mucho; las ideas me vienen y las voy escribiendo» (p. 167), anota el 10 de marzo. El 27 de abril, a punto de partir para Rieux-Minervois, advierte: «Escribo rápidamente. Ya hemos hecho el equipaje (había tan poco)» (p. 284).

Las dos voces que se expresan en el libro dan fe de la gran distancia que separó la experiencia del padre y la de su hijo; ofrecen también un estremecedor testimonio de las durísimas vivencias que soportó José María Lamana, vivencias de las que Manuel logró salvarse gracias a su madre, que evitó que fuera llevado al campo al que conducían a los hombres al declarar que tan solo tenía 15 años (p. 32). Manuel no padeció el frío, el viento, la humedad, el insomnio o la disentería, como lo hizo su padre, según refiere una y otra vez en las entradas de su diario. Incapaz este último de comprender las razones por las que ninguno de sus superiores actuaba con eficacia para librarlo a él y a sus compañeros del Monopolio de Tabacos y Fósforos –a los que permaneció unido siempre que le fue posible–, también mostró reiteradamente su desánimo por la desatención de la que se creía víctima.

Tal vez por ello José María Lamana no consiguió ningún tipo de comentario acerca del presente y del futuro de la República –decididos ambos definitivamente en el marco temporal en el que

se encuadra el diario–, el régimen en el que creía y por el que trabajó en Izquierda Republicana, el partido al que estaba afiliado, desde su fundación. Manuel Lamana, en cambio –y esta es la diferencia más notable entre ambos textos–, ofreció en sus anotaciones la imagen de un joven muy politizado, un miembro de la FUE que censuró el golpe del coronel Casado –su padre únicamente dio cuenta de la noticia (pp. 156-158)–, que consideró una traición volver a España tras tres años de lucha (p. 251) –en tanto que a padre solo le interesaba tener la seguridad de que podría reintegrarse a su puesto de trabajo si regresaba (p. 272)–, o que recordó, nada más iniciar la entrada del 14 de abril, que, en 1931, ese día su padre «se fue a Tarazona, a proclamar la República en el balcón de su pueblo» (p. 265)–. José María Lamana ni mencionó la efeméride. No lo creyó necesario. Su diario había sido escrito para que pudiera leerlo, en su momento, su familia. El relato de Manuel Lamana, en cambio, nació con la intención de ser difundido y de perdurar, como sucede siempre en literatura. Lo escribió guiado por el afán testimonial en el que creía. Con la publicación de *Diario a dos voces* –casi treinta años después de haber sido compuesta– se completa por fin un proceso, el que le llevó a la creación de esta obra narrativa, un género que Manuel Lamana abordó en pocas ocasiones a lo largo de su trayectoria profesional, una vida que también dedicó a la docencia universitaria, a la traducción y a la escritura de ensayos sobre literatura. ■

Francisca Montiel Rayo